

---

## CONSEJO DE REDACCIÓN

*Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Dr. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Dr. Carlos Hoewel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin, Pbro. Augusto Zampini, Pbro. Andrés Di Cío, Arq. Adolfo Mazzinghi.*

## COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,  
Mons. José Rovai (Córdoba), Prf. Dr. Raúl Valdez  
Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: Dr. Luis Baliña  
Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet  
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

# COMMUNIO

- |                                 |           |  |
|---------------------------------|-----------|--|
| <i>Jorge Scampini O.P.</i>      | <b>3</b>  | <b>La Iglesia apostólica</b>                                 |
| <i>Patricio Rota Scalabrini</i> | <b>11</b> | <b>Jesús, fundamento de la apostolicidad</b>                 |
| <i>Andreas Merkt</i>            | <b>22</b> | <b>Ministerio de la Tradición<br/>y Carisma de la Verdad</b> |
| <i>Aldino Cazzago</i>           | <b>41</b> | <b>Las “notas” de la Iglesia<br/>en el Cristiano</b>         |
| <i>Thomas Schärtl</i>           | <b>63</b> | <b>¿Qué es la crisis de la Iglesia?</b>                      |
| <i>Benito XVI</i>               | <b>82</b> | <b>¿Qué es la Teología?</b>                                  |

# JESUS, FUNDAMENTO DE LA APOSTOLICIDAD

*Patricio Rota Scalabrini\**

Los evangelios sinópticos y el evangelio de Juan, en la diversidad de su terminología, concuerdan sobre una idea precisa: Jesús es el enviado de Dios por excelencia, el enviado escatológico; y de este ser enviado procede la misión que comunica a los suyos. Es el enviado enviante. Para expresar esta idea, el Nuevo Testamento recurre fundamentalmente a dos términos, a veces usados como sinónimos, otras veces usados con matices semánticos que los distinguen según los varios cuerpos literarios: *pempein*, *apostéllein*.

De los verbos derivan después sustantivos de los cuales el más importante es justamente el término *apóstolos*<sup>1</sup>.

Tal convicción se encuentra ya en algunos dichos sinópticos, incluso cuando no aparece el verbo “enviar”, “mandar”, “confiar una tarea”, sino más bien el verbo “venir”. Se trata de los *logia* en los cuales Jesús habla de sí (como Hijo del hombre), en cuanto venido para una tarea precisa. Nos basta citar dos dichos. Uno primero se encuentra ya al inicio de la predicación de Jesús en Mc. 1,38: “El les dijo: ‘Vayámonos a otro lado, a los pueblos vecinos, para que predique allí también, porque para eso he salido!’”. El paralelo de

---

\* Sacerdote diocesano. Profesor de Exégesis y teología bíblica en la Facultad Teológica de Italia Septentrional, Milán, y en el seminario diocesano de Bergamo.

<sup>1</sup> Cf. K.H.Rengstorf, *Apostelló (pempo), exapostelló, apostolos, pseudoapostolos*,. Gran Léxico del NT I, 1063-1196.

Lc.4,43 tiene en cambio el verbo *apóstellein*. Entre estos *logia*, el más significativo es ciertamente Mc.10, 45 (y el paralelo de Mt 20,28) “También el hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar la vida por muchos”. Se trata de un venir de Dios para desarrollar una función salvífica y representar el mismo actuar salvífico divino. Respecto a los verbos mencionados arriba, que expresan el mandato de envío, no podemos hacer un desarrollo analítico completo, sino que busquemos alcanzar los elementos teológicos más instructivos.

### ***Jesús, el enviado del Padre.***

Se encuentran setenta y nueve pasajes con el verbo *pempein* en el Nuevo Testamento, de los cuales treinta y dos se encuentran en Juan y veinticuatro recuerdan significativamente el envío que Jesús ha recibido del Padre. Por eso, concentrándonos en el cuarto evangelio, se puede ver cómo el verbo desea subrayar el origen, la proveniencia de la misión de Jesús. Juan alcanza a hacer de la expresión “Aquel que me ha enviado” un verdadero y propio título divino, puesto en la boca de Jesús y que designa al Padre que confía su ministerio al Hijo. Este título divino aparece en el cuarto evangelio a partir de Jn 4,34: “Jesús les dijo: mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado a realizar su obra”. Ciertamente se puede reconocer un profundo desarrollo de una tradición antecedente de parte del evangelio de Juan, una asunción de la doctrina judía de la misión, por la cual el enviado necesita reconocer el mismo honor y la misma voluntad del enviante. De esta tradición antecedente, se puede reconocer la parábola de los viñadores homicidas, en la cual Lucas habla del envío del Hijo por parte del dueño de la viña, justamente recurriendo al verbo *pempein*, y sobretodo hay que recordar a Rom 8,3: “ Lo que era imposible a la ley, Dios lo ha hecho posible: enviando al Hijo en una carne semejante a la del pecado y con motivo del pecado, condenó el pecado en la carne”.

Usando una fórmula de envío, Pablo acentúa la iniciativa divina por la salvación y muestra asimismo cómo tal iniciativa se realiza en la creatureidad y en la caducidad humana del Hijo. Se puede discutir si aquí Pablo piensa en una cualidad divina de Jesús en cuanto pre-existente, no afirmada explícitamente, pero el pensamiento parece seguir esta dirección, como se intuye de la calificación de Jesús como “Hijo suyo”. Recordamos que en la carta a los romanos, Jesús era definido al comienzo como Cristo nacido del linaje de David según la carne (Rom. 1, 3); ahora es definido simplemente como “Hijo suyo” sin ningún nombre anagráfico, para evidenciar la naturaleza particularísima de la relación que tiene con Dios. En su sistema, se desea, de parte de Juan, mostrar el teocentrismo radical que inspira la obra de Jesús, y que ilumina el misterio de su persona, misterio que se alcanza sólo en la relación existente entre el Padre y el Hijo, y en el cual el Padre tiene la iniciativa originaria. Esto hace que la obra del Padre se haga presente en la obra del Hijo, y que al discípulo se le pida reconocer la presencia de la voluntad salvífica del Padre justamente en la acción del Hijo (por ej.: “Todos honran al Hijo como honran al Padre. Quien no honra al Hijo no honra al Padre que lo ha enviado”, Jn.5,23).

Decir que Jesús es el Hijo enviado del Padre, o que el Padre es Aquel que lo ha enviado es uno de los modos con que Juan reenvía a la teología propia de la pre-existencia del Verbo y de la divinidad del Hijo. Se desea dar el fundamento entonces al hecho que se debe obediencia, honor y fe al Hijo como al Padre. Por otro lado es afirmar que el Hijo, en cuanto enviado del Padre, tiene el mismo poder del Padre, hasta poder comunicar la vida y llamar a los muertos (Jn 5,26-27). Si el Hijo (o también el hijo del hombre, en Juan, el primer término es utilizado en modo absoluto, subrayando la relación de origen del Padre, la comunión con El, mientras que el segundo pone la atención en la obra de la redención) es el enviado del Padre, significa que su acción hace visible a la humanidad cuánto El ha visto hacer al Padre, y que su palabra comunica al mundo cuánto El ha oído al Padre (Jn 5,19.30). No es entonces extraño que, en la

respuesta a la pregunta de Felipe de poder ver al Padre, Jesús responde: “quien me ha visto, ha visto al Padre” (Jn 14,9). Jesús no hace sino clarificar cuanto recién había afirmado: “quien me ve, ve a Aquel que me ha enviado” (Jn.12,45).

### *El Enviado enviante.*

La iniciativa del envío del Hijo por parte del Padre significa luego que la obra del Hijo se prolonga, se continúa en la misma obra de los discípulos de Jesús, en cuanto a su vez son enviados por Jesús mismo: “En verdad, en verdad os digo: quien recibe a Aquel que yo envié, me recibe, y quien me recibe, recibe a Aquel que me ha enviado” (Jn.13,20). En otros términos, el fundamento de la apostolicidad de la Iglesia está en el hecho de que Cristo mismo es el enviado del Padre. Este pensamiento encuentra su formulación más adecuada en Jn.20,21, allí donde el Resucitado se dirige a sus discípulos comunicando la paz y transmitiéndoles el mandato y el poder de la misión: “Jesús les dijo de nuevo: ¡la paz con vosotros! Como el Padre me ha enviado (*apostéllein*), yo también os envío a vosotros (*pempein*)”.

Son las primeras palabras que el Resucitado dirige a los discípulos, después del renovado saludo-don de paz, y se refiere a la tarea de la misión. Los discípulos son enviados al mundo a testimoniar el misterio de Dios en Cristo, y tal misión tiene su fundamento y modelo en aquella que Jesús ha recibido del Padre. La tarea de Jesús es la de realizar la voluntad de Aquel que lo ha enviado (Jn.4,34) y en la óptica joánica, tal voluntad coincide con dar testimonio de la verdad y dar al mundo aquella luz que es vida.

La misión de Jesús no concluye con su pascua, pero tiene lugar de un modo nuevo en la asociación de los discípulos a ella. De hecho, el primer verbo griego *apestalken* no está en aoristo, sino en perfecto, tiempo verbal que en griego sirve para indicar la permanencia de las consecuencias de una acción. Jesús es siempre, entonces, el enviado del Padre, y los discípulos, en consecuencia, son

siempre y solamente sus enviados. Es un mandato, una tarea que requiere un cambio profundo de su persona, un haberse convertido en nuevas creaturas.

He aquí por qué mientras habla, Jesús expira sobre ellos (Jn 20,22). El verbo soplar no tiene aquí un complemento directo, sino que es usado en un modo absoluto, como si Jesús se concentrara en su expirar. El texto recurría entonces a los textos de la creación, allí donde Dios sopla en las narices del hombre para hacerlo un alma viviente (Gen.2,7). El verbo, usado exclusivamente por Juan, es el mismo de Gen 2,7 y Sab.15,11. Esto comporta que Jesús, soplando sobre sus discípulos, o mejor literalmente “en” ellos, los transforma y recrea como personas nuevas. Es lo que se aclara y comenta el gesto, y ofrecer el don del Espíritu de su parte, no será una conquista del Espíritu, gracias a méritos morales o religiosos, sino sólo una recepción (como indica el verbo *lambano*). El don del Espíritu está dirigido a volver a dar coraje e infundir alegría en el corazón de los discípulos, para que éstos, luego, se aventuren en el camino de la misión, superando las barreras que puedan encerrarlos.

El Espíritu les atestigua el perdón de Dios, y habrán de ser portadores de la misión, que deberá extenderse a la humanidad entera, atravesando el espacio y el tiempo. Aparece entonces claro el lazo entre la comunicación del Espíritu y su cualidad de enviados. Por otra parte, el mismo Espíritu, el don prometido, es enviado por el Padre (Jn 14,26) y por Jesús mismo (Jn 15,26; 16,7) para que los haga siempre más sus discípulos y testigos en el mundo.

### ***El apostolado de Jesús en el origen del apostolado de los discípulos: los sinópticos.***

Consideramos ahora el verbo *apostéllein*, que luego devino técnico, con términos derivados, para indicar la apostolicidad de la misma Iglesia y para atestiguar aquellos que recibieron la tarea de la misión, los apóstoles. También en este caso hay una fuerte concen-

tración del verbo en los cuatro evangelios y en Hechos, sobre 136 presencias en el Nuevo Testamento, sólo doce se encuentran fuera de esta conjunto literario. Y cuando se evidencia la actuación del camino para el cual se es enviado, pone en evidencia el objeto a perseguir, es decir, el encargo con una fidelidad. La visión sinóptica registra una interesante teología de la misión, que procede de Dios mismo hacia Jesús y que se comunica a los discípulos en cuanto enviados por El.

Respecto el envío del cual Jesús es objeto (no contemplando aquí el evangelio de Juan, que veremos posteriormente), ante todo es iluminante el texto de Mt.10,40: “Quien recibe a ustedes me recibe a mí y quien me recibe a mí recibe al que me ha enviado”. Más adelante, en Mc.15, 24, Jesús interpreta su propio actuar mesiánico hacia Israel como la misión del pueblo de Dios para los tiempos escatológicos, como tarea recibida de Dios, como aparece de modo evidente en el pasivo teológico: “no he sido enviado sino a las ovejas perdidas del pueblo de Israel”. Este envío ya está radicado en las Escrituras de Israel y por esto Lucas, en la escena inaugural del ministerio de Jesús en la sinagoga, pone sobre su boca las palabras del profeta Isaías, donde Dios consagra al profeta y lo manda a anunciar el evangelio: “El Espíritu del Señor está sobre mí, y por esto me ha consagrado con la unción y me ha enviado a anunciar a los pobres el anuncio de alegría” (Lc.4,18).

Jesús es el enviado, y con su persona es el fundamento de la apostolicidad de la misión que El confía a los discípulos. En tal sentido, el texto más significativo en la tradición sinóptica es el relato de Marcos de la constitución del grupo de los Doce: “Subió a la montaña, llamó a sí a los que quiso y fueron con El. Los constituyó Doce —que llamó apóstoles— para que estuvieran con El y para mandarlos (*apostellein*) a predicar con el poder de expulsar los demonios. Constituyó entonces a los Doce ...” (Mc.3,13-16). Se advierte enseguida el que “los constituyó apóstoles”, aunque ampliamente atestiguado, parece, desde el punto de vista textual, una interpolación proveniente de Lc.6,13. En todo caso es evidente que la perícopa constituye un lugar significativo para profundizar el concepto de apostolicidad.

Según el relato de Marcos, entre todos aquellos que comen-

zaron a seguirlo, Jesús llama a los Doce. Por eso va a la montaña, como lugar simbólico donde Dios instituye la nueva Alianza, promesa de una humanidad renovada. Sube a la montaña separándose de la humanidad doliente y necesitada que se acerca junto a El. No es un separarse sino un diferenciarse para alcanzar una posición elevada para poder abrazarla con la mirada y proveer a ella.

La llamada a los Doce está entonces en relación también con esta multitud a los que serán enviados. Llamada apostólica y eclesial, puesta en evidencia por la descripción de la situación en que se coloca el hecho de la constitución de los Doce. Jesús llama a “aquél que quiere” (¡así en griego!) y esto para subrayar que la iniciativa parte exclusivamente de El; se atiende a que los Doce no son elegidos en base a sus cualidades humanas o religiosas, sino solamente porque Jesús los ha elegido libremente. Notemos el verbo *ethelen*. La idea preferente es clara en este verbo, que retraduciéndolo al griego significaría “tenía en el corazón”. El paralelo mejor se encuentra en Mt.27,43, que cita el salmo 22,8 (“Ha tenido confianza en Dios, ¡que lo salve si lo tiene en el corazón!”).

Como si no bastase, la posición del pronombre *autós*, con una colocación enfática, no hace sino subrayar el hecho que no existen ni cualidades humanas ni religiosas para explicar la elección de Jesús. Jesús llama (*proskaleitai*). Se anuncia aquí algunos de los nombres de los que lo están siguiendo. En este llamar se dice claramente el poder que reivindica sobre sus vidas y la subordinación de los llamados hacia el que llama. La respuesta de los llamados es la siguiente: “ellos fueron con El”. Marcos no utiliza el verbo “seguir”, sino un verbo seguido por la preposición “*pros*”, que se usa casi solamente para indicar un ir hacia las personas; así se indica la intimidad que se crea entre el llamado y aquel que llama. Además estos llamados dejan un puesto para venir a Jesús.

Jesús constituye a los Doce con una finalidad precisa: “...para que estuvieran con El y para mandarlos a predicar”. Ellos son elegidos para que sean su comunidad, para que estén con El. Este estar con El es la fuente de su acción, de la eficacia de cuanto obrarán bajo

el mandato de Jesús. Esto muestra que la misión supone una experiencia y comunión de vida con Jesús. Se hace visible de este modo un aspecto interior de su total dependencia de Jesús. Sólo estando con El, deviniendo siempre más sus discípulos, podrán ser verdaderamente apóstoles. No es casual que el término apóstoles reaparezca otra vez solamente en Mt.6,30 cuando ellos vuelven de la misión, y luego el término deje para siempre su lugar al de discípulos, porque es sólo deviniendo plenamente discípulos que podrán devenir auténticos apóstoles. ¡Ningún énfasis de parte de Marcos sobre la autoridad del apóstol, sino sobre la humildad del discípulo!

El objeto de su llamada es entonces ante todo para que estén en comunión de vida con El, para que permanezcan y crezcan en su escuela con sus discípulos y amigos. Estando con Jesús, viviendo íntimamente con El penetran, ayudados por su enseñanza, en el misterio del Reino que viene. “Y El les decía: a vosotros se os ha dado el misterio del Reino de Dios; para aquellos que están afuera todo acontece en parábolas” (Mc.4,11). El los introduce siempre más profundamente en el conocimiento de las cosas de Dios, en la libertad de la vida nueva y en la confianza en la oración de los hijos del Reino. Viviendo con El pueden abrirse a la pregunta sobre el misterio de su persona, de su rechazo por parte del pueblo, se preparan en la perspectiva de su pasión y muerte e irán a El dirigidos a la esperanza de una comunión de vida con El, que supera también su muerte.

Es instructivo registrar el modo con que Marcos habla de esta misión. No dice que los llamó “para que fueran a predicar”, sino “para mandarlos a predicar”; así es evidente que su ir deriva de un mandato que los precede, y que su apostolados no es una iniciativa, ¡sino la de otro! Con la tarea de predicar reciben el encargo de luchar contra el mal. Tampoco aquí tendrían posibilidad de seguirlo si no les fuese acordado un poder que no poseen: “el poder de echar demonios”. Esta *exousía* les es dada y no puede ser en algún modo su capacidad personal. De nuevo se evidencia por Marcos que el fundamento del apostolado de los Doce se encuentra en otra parte: en el mandato que ellos reciben de Jesús.

***Enviados a salvar: el mensaje joánico.***

De nuevo hemos de registrar la posición especial del verbo *apostéllein* en el evangelio de Juan, con una fuerte concentración cristológica. El significado es afín al del verbo *pémpein* e indica enviar, mandar. Si este último término subraya el origen, la proveniencia de la misión de Jesús (el *terminus a quo*), *apostéllein* subraya mayormente el *terminus ad quem*, esto es, el objetivo perseguido por el ministerio confiado por Dios a Jesús. Se trata de una tarea ante todo salvífica, no de juicio o de condena.

No es casual que la primera aparición del lema tenga lugar en el interior del discurso con Nicodemo cuando Jesús afirma que “ Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado a su Hijo únigénito, para que el que crea en El no se pierda, sino que tenga la vida eterna. Dios no ha enviado al Hijo al mundo para condenar el mundo, sino para que el mundo sea salvado por medio de El” (Jn 3,16-17). Es una misión cuyo objetivo es la vida, la salvación del mundo, cuya última fuente es el amor paradójal del Padre, que no duda en ofrecer al Hijo para que el mundo se salve. Como aparece también en Juan 10,36, el destinatario de esta misión del Hijo es la humanidad entera, el mundo (esta vez en su acepción positiva y no en aquella negativa presente prevalentemente en el cuarto evangelio).

Consecuentemente conocerlo a El es conocer al Padre (Jn 17,3) y creer en El es creer en el Padre que lo ha enviado. La acción de Jesús, sus palabras, y en particular los signos que cumple deben mostrar que El es el enviado del Padre y puede exigir entonces su recepción en la fe. Es lo que Jesús dice delante de la tumba de Lázaro, mientras agradece al Padre en la certeza que siempre lo escucha: “yo sabía que siempre me escuchas, pero lo he dicho por la gente que me rodea, para que crean que Tú me has enviado” (Jn 11,42).

De la misión de Jesús se sigue la misión de sus discípulos. Habla la primera vez en el diálogo con ellos que sigue al de la samaritana. Cuando afirma que su tarea será cosechar donde otros han sembrado, esto es, recoger los frutos de su muerte fecunda: “Os he enviado

a cosechar aquello que no habéis sembrado; otros se han fatigado y habéis entrado en su fatiga” (Jn 4,38). El que Jesús sea el fundamento de la misión de los suyos, además de Jn 20,21, ya comentado, aparece claro en la oración sacerdotal: “Conságralos en la verdad. Tu palabra es verdad. Como me has mandado en el mundo, también yo los he mandado al mundo; por ellos me consagro yo mismo, para que sean también ellos consagrados en la verdad” (Jn 17,17-19).

Santificación y misión aparecen estrechamente conectadas. Aquí Jesús, con una expresión paradójica no dice que es santificado y consagrado (como en Jn.10,36), sino de santificarse a sí mismo, es decir, ofrecerse libremente, en perfecta obediencia al Padre, de modo que todo lo suyo sea de Dios y sea santo. Del mismo modo los discípulos tienen acceso al Dios santo y son consagrados. La misión no es entonces vista sólo en la finalidad del ir hacia otros, de llevarles un mensaje, sino como vía de santificación de aquél que es enviado. Por otra parte pueden ser enviados al mundo sólo si están impregnados de la santidad de Dios.

Es una condición nueva (que ellos recibirán en la Pascua), que los pone en perfecta continuidad con la santificación y con el envío al mundo del Hijo por parte de Dios mismo. Si los discípulos vivirán la misión como les es requerido, en particular viviendo el amor fraterno y realizando el ser uno, su testimonio será eficaz y podrá ayudar al mundo a abrirse en la fe en Jesús como el mandamiento del Padre para llevar vida y salvación a la humanidad: “Que todos sean uno, como Tú Padre estás en mí y yo en ti, que estén también ellos en nosotros para que el mundo crea que me has enviado. Yo en ellos y Tú en mí para que sean perfectos en la unidad y el mundo conozca que me has enviado y los has amado como me has amado” (Jn 17, 21-23).

### ***Jesús Apóstol.***

Hay una sola y significativa recurrencia neotestamentaria del término *apóstolos* referido explícitamente a Jesús, y se encuentra en Heb.3,1: “Por ello, hermanos santos, partícipes de una vocación celes-

tial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra fe que profesamos”. Para reencontrar el mismo título aplicado a Jesús en la literatura cristiana antigua es necesario remontarse a Justino (1 *Apol* 12,9; 63,10).

El autor de la carta a los Hebreos se dirige a sus destinatarios llamándolos “santos”, en cuanto santificados por Cristo y depositarios de una llamada celeste para entrar en la presencia de Dios, en su descanso celeste. Por ello los exhorta a considerar con atención la realidad de Cristo, a fijar bien la mirada en Jesús, de lo que brotará un estilo diverso de vida y de acción. Podrán entonces comprender bien qué cosa significa que Jesús es *pistós*, digno de fe. Jesús es el “sumo sacerdote creíble” en cuanto cumple con eficacia la tarea de mediador de la salvación con los otros hombres a quienes reconoce como hermanos. En la relación con los hombres, comunica en modo totalmente válido la palabra de Dios, que cuando es recibida como tal hace brotar la profesión de fe.

Es a este aspecto también que se refiere el título cristológico de “apóstol”. Se puede recordar el título de Mal.2,7, cuya tarea de sacerdote verdaderamente confiable es la de ser “mensajero” del Señor omnipotente y por ello sus labios son custodios de la ciencia, y de su boca se debe esperar la proclamación de la ley del Yahvé de los ejércitos.

La carta a los Hebreos está poniendo verosímelmente también un paralelo entre la mediación de Jesús y la de Moisés, para luego declarar la superior en el vs.3. De hecho en *Sifré Lev* 24,26 se lee: “la torah que el Santo ha donado a Israel, fue dada por la mediación de Moisés, como bien expresan las palabras ‘entre El y los hijos de Israel’, Moisés ha merecido ser apóstol entre los hijos de Israel y el lugar (de Dios)”.

Jesús es *apóstol* porque es mediador de la palabra de Dios, pero respecto a los otros intermediarios, incluso el mismo Moisés, lo es en modo superior. Superior porque ahora habla desde los cielos, siendo glorificado por Dios (Heb.12,25); superior sobretodo porque El es mediador escatológico de la Palabra como Hijo (Heb.1,2), y no simplemente como un siervo como Moisés. Jesús lleva a cabo su propia tarea apostólica y sacerdotal en modo fiel y por ello absolutamente creíble, de modo que la comunidad puede y debe mirar a El encontrando el fundamento de la propia intrépida y segura esperanza (Heb.3,6).